

AL terminar esas vacaciones regresé de nuevo a San José, a repetir el cuarto grado en la Escuela Porfirio Brenes, volviendo así a caer bajo la férula del terrible don Severo. Pero esta vez, a pesar de todo y aunque con calificaciones muy bajas, gané el curso. Y una vez más mandaronme a pasar las vacaciones a casa de mis abuelos, a mi querido barrio de El Llano de Alajuela. Fueron tres meses esos muy felices, de diario corretear por los campos soleados, hartándome de frutas, persiguiendo ardillas, y refrescándome constantemente en las frías y limpias aguas del Ciruelas. Se me fueron como un sueño. Y volví a San José cuando ya se iba a iniciar el nuevo curso escolar, muy triste, como siempre que tenía que decirle adiós a la vieja casona de los Ramírez.

El país estaba viviendo entonces días de intensa agitación. Una pequeña e improvisada tropa costarricense, que subía por el río Coto para ir a ocupar un insignificante puesto fronterizo que el Gobierno de Panamá le disputaba a Costa Rica, había sido sorprendida en una emboscada que le tendieran las fuerzas panameñas, sufriendo numerosas bajas y cayendo prisioneros casi todos los sobrevivientes. Esa inesperada noticia causó una profunda conmoción en todo el país. El pueblo costarricense—ignorando que detrás del Gobierno de Panamá movía sus tentáculos la poderosa United Fruit Co.—exigía venganza y reclamaba armas para marchar a la frontera Sur. Cuando yo llegué a la capital, ya en el viejo edificio del Mauro Fernández, en cuyas cercanías vivíamos nosotros, estaban acuartelados centenares de reclutas; y por todas partes los voluntarios se organizaban en batallones, que bautizaban con nombres sonoros, gloriosos y terribles: “Batallón de la Muerte”, “Batallón Santamaría”*, “Batallón 11 de Abril”* y otros muchos parecidos.

Un día de esos, como yo tenía el pelo muy crecido, mi madre me dijo:



—Tome esta peseta y se va a quitar el pelo horita mismo, porque después de almuerzo se tiene que ir a matricular a la Porfirio Brenes. Yo creo que hoy es el último día'e matrícula.

Me fui para la barbería La Flor, y mientras esperaba allí, parado en la puerta, pasaron unos amigos míos y me dijeron, muy entusiasmados:

—¿Sabés vos? ¡Por la Estación del Atlántico se están yendo horita unas tropas que van a pelear a Panamá! ¡Vamos a verlas!, ¿querés?

Se me olvidó el barbero y el encargo de mi madre, y eché a correr con esos muchachos, deseoso de ver partir a los soldados. Cuando llegamos, frente a la Estación y a lo largo de la calle se alineaba una nutrida tropa de voluntarios, casi todos de la capital, con la cobija cruzada a la espalda, el rifle al hombre y la escarapela nacional en el sombrero, y rodeados por una inmensa y bulliciosa multitud de parientes y curiosos. Algo raro ocurría que estaba retrasando la partida; pero yo, dispuesto a no perder ese momento tan interesante, me mantuve allí por largas horas, admirando los viejos fusiles y escuchando las conversaciones que sobre la guerra mantenían los soldados y sus parientes. Por fin pitó la locomotora alegre y repetidamente, provocando un gran revuelo entre la multitud y un clamor general de calurosa despedida, y los soldados comenzaron a moverse hacia el tren, poco a poco y agitando al aire sus pañuelos y sombreros. En ese momento alcancé a oír que alguien decía:

—Estos van por Limón, pa atacar por el lao de Sixaola. Y a la Estación del Pacífico estaban llegando hora las tropas de Alajuela, que van a Puntarenas, pa embarcarse después hasta la región de Coto; esos van a meterse por Chiriquí...

¡Las tropas de Alajuela! ¡Allí estaban mis paisanos, que iban también a pelear a la frontera, y entre esos valientes quién sabe cuántos conocidos míos, gente de El Llano, de mi barrio! Impulsado por tal pensamiento eché a correr de nuevo, a través de la ciudad, en busca de mis paisanos.

Frente a la Estación del Ferrocarril al Pacífico se aglomeraba también una gran multitud. Y en media calle, formados de cuatro en fondo y con las culatas de sus fusiles apoyadas contra el suelo, estaban los voluntarios de Alajuela, campesinos casi todos, descalzos muchos de ellos, pero muy alegres y llenos de entusiasmo. Apenas me acerqué, jadeando, de la tropa comenzaron a llamarme por mi nombre y uno de todos gritó:

—¡Hola, Marcos! ¡Llévamele un saludo a la muchacha!

Era Moncho, el novio de Herminia, la hija mayor de tía Jacinta. Y allí encontré también a Leonidas, el marimbero de El Llano, y a José Calderón, el amigo de mi tío Rafael María, casado y con dos hijos pequeños, y a muchos otros conocidos míos. Lleno de entusiasmo me dediqué entonces a hacerles mandados, yendo a comprarles fósforos, cigarrillos, puros y medias botellas de aguardiente. En uno de mis viajes al establecimiento cercano se me ocurrió mirar el reloj. ¡Faltaban diez minutos para las cinco de la tarde, y yo no había almorzado ni me había vuelto a acordar siquiera de la barbería, ni mucho menos de ir a la Escuela a matricularme! Pensé en la gran paliza que me iba a dar mi tío; y como, además, esa guerra y el entusiasmo de aquella tropa me tenían trastor-

nado el juicio, me fui entonces a meter resueltamente entre los soldados, diciéndole a Leonidas, el marimbero, que era muy joven y muy conocido mío:

—¡Yo me quiero ir con ustedes pa la guerra! Te ayudo a vos, llevándote la maleta, y puedo decir que soy hermano tuyo...

—¿Estás loco, baboso? —dijo el marimbero, burlándose de mi ocurrencia.

Pero me apoyaron otros voluntarios, y el novio de Herminia resolvió la cuestión diciendo:

—Llévemolo, ¡qué carajo! ¡Pa eso es Ramírez, y allá puede servir pa que jale el agua! Que éste reponga a sus dos tíos que están en los Estados Unidos.

Muy alegre, me eché al hombro la cobija del marimbero y a la par de él avancé después, cuando el rugido de la locomotora anunció que había llegado la hora de partir. Metido entre aquella tropa, oyendo los constantes vivas de los soldados y el alegre clamoreo de la multitud, sentíame un héroe de verdad y el pecho se me hinchaba de orgullo y de entusiasmo. ¡Yo también iba para la guerra! Esos arrestos se me enfriaron al llegar a la ancha puerta de la Estación, cuando una aristocrática señora, que en compañía de otras repartía allí medallas benditas entre los soldados que iban entrando, al mirarme avanzar exclamó, con grandes muestras de indignación:

—¿Y ese chiquillo? ¿Por qué lo llevan? ¡Esa es una barbaridad!

Me quedé frío. Pero me sacó del aprieto el marimbero, quien intervino y dijo, fingiendo gran aflicción:

—Somos huérfanos, señora. El es mi hermanito menor y no encontré con quién dejarlo, porque tiene fama de ser medio atarantao... ¿Usted no se podría hacer cargo de él?

—¡No, no! ¡Yo no puedo! —dijo entonces la señora. Y se apresuró a colgarme una medalla en el pecho, murmurando al mismo tiempo con exagerada preocupación:

—¡Pobre chiquillo...! Esto es para que Dios lo ampare y lo proteja de las balas...

Rieron mucho los soldados, después, burlándose de las "buenas intenciones" de esa señora. Pero yo no me sentí seguro sino cuando, acurrucado en la esquina más oscura de un vagón de carga, sentí que el tren echaba a andar y que se alejaba velozmente de la capital.

Ya de noche se detuvo el tren en Orotina. En la estación, mucha gente esperaba a la tropa y la vitoreaba. Yo bajé del vagón y gasté en naranjas los veinticinco centavos que me diera mi madre, naranjas que luego distribuí entre mis paisanos más allegados. Después pregunté por qué lado del tren veríamos surgir el mar, y, cuando la locomotora echó a correr de nuevo, me senté en la puerta de mi vagón a atisbar desde allí y entre la oscuridad la aparición del gran milagro.

Tenía una idea bastante clara del mar, que me formara con ayuda de los libros y de las pinturas; pero ardía en deseos de conocerlo en toda su majestuosa realidad. Las primeras ráfagas de brisa marina, tibias e

impregnadas de humedad y sal y de suaves olores para mí desconocidos, impresionaron vivamente mi ya exaltada imaginación e hicieronme forzar aún más la mirada, lleno de ansiedad. De pronto llegó hasta mí el ronco rumor de las aguas, y alcancé a ver, allá adelante, hacia la izquierda y alargándose hasta muy lejos, la orla inquieta y espumosa que formaban las olas al revolverse en la playa. Y pude adivinar entonces, perdida entre las sombras de la noche, la inmensidad del mar. ¡Allí estaba el mar, tan cerca, con sus monstruos, sus islas de coral y sus escondidas perlas! ¡El mar de los piratas de Salgari!

Llegamos a Puntarenas muy tarde, e inmediatamente nos acuartelaron en el viejo edificio de madera de una escuela. Yo no llevaba con qué abrigarme, ni lo necesitaba; el pesado calor del puerto muy pronto me obligó a buscar la frescura del corredor interior de la casona, y allí dormí, frente a un oscuro patio sembrado de altísimas palmeras. Otro día, muy de madrugada, me fuí con unos soldados a la playa y oscuro todavía me metí al mar, a zambullirme alegremente en aquella agua amarga y burbujeante, a llenarme de sal y de arena jugando con las olas.

En esos entretenimientos me sorprendió el amanecer, con un espectáculo insospechado, maravilloso, inolvidable. En el horizonte asomó de pronto, emergiendo del mar que allí se encendía en rojas y espejeantes llamaradas, un inmenso y majestuoso disco de fuego, disipando brumas, coloreando nubes y clareando el cielo en toda su extensión. Ante mis asombrados ojos surgieron entonces, iluminadas por el sol, a un lado, las altas chimeneas de dos barcos enormes que estaban anclados en la rada, frente al pequeño muelle; y más allá, tendiendo la mirada hacia el confin del mar, las alegres isillas del Golfo y unas cuantas velas blancas, diminutas, que parecían inmóviles en la lejanía.

Avanzaba el día y yo no me cansaba de admirar el mar. Allí permanecí largas horas, bañándome repetidamente, correteando por la playa detrás de raros y huidizos animalejos y contemplando el pesado vuelo de unos pájaros extraños, de inmensas alas, que graznaban en la altura y luego se dejaban caer sobre las olas como chuzos, buscando peces. Al fin sentí hambre, me acordé del almuerzo, y vistiéndome apresuradamente fuí a buscar la tropa por las calles de la ciudad.

Tropecé en todas las esquinas con grupos de soldados desconocidos, y entonces supe que otras tropas habían llegado al puerto primero que nosotros, entre ellas una de Santo Domingo y otra de la ciudad de Heredia, esta última integrada en su mayoría por hijos de familias ricas y por eso muy bien equipados todos. Por las intermediaciones del Estero, en una fonducha de mala muerte, encontré a unos cuantos soldados paisanos míos que ya estaban almorzando y entre ellos me acomodé yo. Pero allí todo era sucio y mugriento y sobre la destartada mesa revoloteaba un negro enjambre de moscas. Sentí asco y no pude comer, a pesar de que ayunaba desde el día anterior. Me fuí a vagabundear de nuevo. Al pasar por una esquina alcancé a ver, en un amplio y limpio local y sentados frente a unas mesas muy bien servidas, a muchos soldados de botas altas todos y con camisas y pantalones nuevos, de un mismo color. Supuse que esos eran los voluntarios heredianos y muy tranquilamente me metí

al salón y me senté frente a una de aquellas mesas. Apenas acababa de acomodarme, cuando se me acercó un chino gesticulando mucho y diciendo:

—¡Calajo, uté no puele comer aquí!

—¿Por qué? —interrogué yo, asustado.

—Polque uté no il pa la flontela, ¡calajo!

Pero algunos de aquellos soldados posiblemente me vieran la noche anterior, cuando yo bajaba del tren con mis paisanos, porque intervinieron en defensa mía, diciendo:

—¿Qué es eso de que el chiquillo no puede comer? ¡Anda con la tropa, y si no le dan de comer a él tampoco come aquí ninguno'e nosotros!

El chino se apresuró a servirme. Y yo seguí comiendo en ese hotel.

Después de almorzar volví a la escuela donde estábamos acuartelados, y al poco rato de estar allí me encontré con un hombre muy moreno, a quien yo había visto en San José trabajando como conductor del tranvía y que en el ejército resultaba ser nada menos que el Ayudante del General Cabezas, el cual me dijo:

—¿Onde se había metido? Véngase conmigo, porque usted va a ser el ayudante del coronel don Antonio Segreda.

Este coronel, improvisado como todos los otros oficiales, resultó ser un herediano alto, muy blanco y de pulidas manos. Luego supe que sus paisanos le decían "Toño Latas". El Coronel Segreda, al verme, me preguntó con fingida seriedad:

—¿Usted sabe leer y escribir?

Y como le respondiera afirmativamente y con mucho énfasis, él agregó, sonriendo:

—¡Muy bien!... Entonces échese esta maleta al hombro y no se la vuelva a quitar de encima. Usted me responde de ella y me la trae cada vez que yo la necesite— Y entregóme un atado de ropa, envuelto en una cobija gris y muy bien asegurado con una par de fajas de cuero.

Esa orden de andar con la maleta a cuestras todo el tiempo no me hizo ninguna gracia. En consecuencia, un momento después la tenía escondida en un rincón y, libre ya de tal estorbo, me fui a pasear otra vez por la ciudad. La vida del puerto y el puerto mismo resultaban para mi imaginación un mundo nuevo y maravilloso. Sólo empañaba mi felicidad, de cuando en cuando, el temor de que mi tío lograra de las autoridades una orden de detención y que éstas me obligaran a devolverme. Por eso ansiaba embarcarme inmediatamente. Después supe que mi tío, enrolado en un batallón que no pudo salir a tiempo de San José, había engañado a mi angustiada madre diciéndole que yo ya estaba detenido en Puntarenas; y que luego habíale explicado su actitud a Talía, su novia, diciendo:

—¡Hay que dejarlo que se vaya, pa que sepa lo que es pasar trabajos! Así escarmienta en su propio pellejo y no vuelve a andar zafándose de la casa...

¡Mi tío Zacarías no podía entender que esa aventura resultaba para mí un sueño de hadas!

Dos días después mis paisanos provocaron un gran escándalo en el muelle. Cuando yo llegué, un barco, El Roxana, que a mí se me antojaba inmenso, alejándose lentamente, rumbo al Sur, cargado de soldados que se despedían del puerto con un alegre griterío. Y mientras tanto mis paisanos, indignados porque a ellos no se les mandaba todavía a la frontera, protestaban en el muelle ruidosamente, lanzando injurias y amenazas y disparando tiros, hasta que intervinieron las autoridades superiores y lograron calmar los ánimos con la promesa de que muy pronto serían embarcados todos. Luego, al regresar a la escuela, unos cuantos de esos exaltados voluntarios armaron un nuevo escándalo, alegando que acababan de comprobar en el muelle la inutilidad de sus fusiles. Y tenían razón: ¡los habían equipado con fusiles Rémington de antiquísimo modelo, y con cartuchos Máuser, que resultaban bailando en el enorme calibre de esas viejas armas!

Al día siguiente, después de almorzar, dormí la siesta en un rincón del patio de la escuela, a la sombra de las palmeras, y cuando desperté, ya muy avanzada la tarde, fui a Las Playitas y me senté en el muro, a contemplar desde allí el ir y venir de las pequeñas embarcaciones sobre las tranquilas aguas del Estero. Muy entretenido me encontraba, soñando despierto con viajes y aventuras, cuando oí a mi espalda unos gritos desatemplados; era el ayudante del general Cabezas, que se acercaba apresuradamente, diciendo:

—¡Muchacho del demonio!... ¡Lo andan buscando por todos los rincones y yo creo que ya dieron orden de captura, porque crén que usted se zafó con la maleta del Coronel...! ¿No ve que las tropas de Heredia se están embarcando ya, en el Muellecito?

Asustado, eché a correr, llegué a la escuela, cogí la maldita maleta y, sin despedirme de mis paisanos siquiera, salí disparado hacia el Estero, en busca del Muellecito. Allí estaban dos grandes lanchas cargadas de soldados. Una de ellas comenzaba a alejarse en ese mismo momento, muy lentamente, haciendo sonar su ronca sirena y lanzando al aire continuas y revueltas nubes de humo negro. La otra, llamada La Digna María, estaba todavía atracada al Muellecito, y en ella alcancé a ver a mi coronel Segreda. Cuando llegué a su lado, jadeando y cubierto de sudor, el coronel me dijo fingiendo mucha severidad:

—¿Esta es manera de cumplir mis órdenes? ¡Procure que no le vuelva a ocurrir, porque la próxima vez lo mando a fusilar!

Zarpamos inmediatamente y nos despedimos del puerto con grandes bullas y mucho agitar al aire pañuelos y sombreros. Yo estaba loco de alegría. ¡Navegaba por primera vez y, además, me sentía libre al fin de toda posible persecución de mi tío Zacarías! Muy pronto dejamos atrás las aguas serenas del Estero y el oleaje comenzó a zarandear suavemente a La Digna María, cuyo asmático motor se estremecía de cuando en cuando con ruidosas convulsiones que nada bueno presagiaban.

Busqué acomodo y logré encontrar sitio en la popa, en una larga banca cuyo espaldar resultó ser la borda misma de La Digna María. En el centro de la cubierta se amontonaban muchos fardos, barriles y cajas y unas cuantas alforjas; y por todas partes se agitaban los voluntarios,

apretujados, buscando dónde sentarse a descansar. Oscurecía. Y cuando se encendieron las lámparas de la embarcación, ya las lucecillas del puerto de Puntarenas, allá a lo lejos, se esfumaban poco a poco, a ras de la negrura de las olas.

Volaban las horas y yo no podía conciliar el sueño, desvelado por la emoción del viaje. Noche profundamente oscura. En el cielo, cubierto de espesos nubarrones, ni una estrella. De vez en cuando se adivinaban, surgiendo a la derecha y a la izquierda, las cercanas islas del Golfo, como fantasmas gigantes, negros y silenciosos. Alguien vomitaba ruidosamente, echado sobre la borda; tres o cuatro soldados conversaban todavía, en voz baja; los demás roncaban y se rebullían, encogidos, en actitudes incómodas y absurdas, hacinados unos encima de los otros.

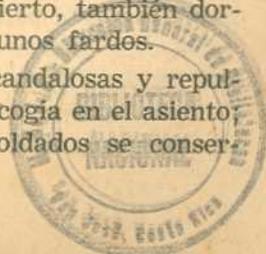
Al amanecer, navegábamos en mar abierta, bajo un cielo claro y despejado y con horizonte azul a proa, a popa y a estribor; sólo a nuestra izquierda se alcanzaba a ver la costa, perdida en la lejanía, como una raya brumosa. Distribuyeron café con pan añejo, que muchos voluntarios, mareados, no pudieron ni probar siquiera. Yo, que me despertara con magnífico apetito, hice fiesta con las raciones de pan que algunos de esos enfermos me regalaron.

Devoraba mi última ración cuando el motor de La Digna María se detuvo en seco. Se apresuraron los marineros a echar el ancla, pero ésta no tocó fondo en aquellas verdes profundidades, y la embarcación, al garette, comenzó a balancearse rítmicamente, haciendo estremecerse y crujir el maderaje a cada cabeceo. Desde el cielo despejado el sol de la mañana chorreaba fuego sobre la toldilla que nos guarecía, envolviéndonos en una pesada nube de calor húmedo y sofocante y haciéndonos sudar copiosamente. Ese angustioso calor y el constante balanceo causaron estragos entre la inexperta tropa. Numerosos soldados, pálidos y sudorosos, se echaban sobre la borda y arrojaban desde allí, entre desesperadas convulsiones, todo el maloliente contenido de sus estómagos revueltos. Cerca de mí, un hombre muy bien equipado, un tanto ventrudo y de piel blanquísima y sonrosada, se desencajó de pronto y comenzó a dar ruidosas boqueadas en falso.

—¡Un poco de agua de mar, ¡por favor! —pidió con desmayada voz.

Un soldado le alcanzó un tarro lleno de agua salada, que el enfermo bebió haciendo muecas de disgusto. Todavía con el tarro en la mano se volvió rápidamente hacia el mar, para vomitar a chorros por largo rato, con sonoros pujidos que le hinchaban las venas del cuello, y que a mí me crispaban los nervios. Se enjutó por último las lágrimas y el sudor con un hermoso pañuelo de seda y luego se dejó caer sobre la banca lanzando profundos suspiros de alivio. Un instante después dormía como un bendito. Entonces alguien me dijo que ese era el coronel don Juan Segreda, hermano de mi coronel Segreda, quien, por cierto, también dormía en ese momento un poco más allá, tirado sobre unos fardos.

A mí no me afectó el mareo. Cuando oía las escandalosas y repulsivas boqueadas de los demás, cerraba los ojos y me encogía en el asiento; así combatía cualquier amago de náuseas. Varios soldados se conser-



vaban frescos también, y ellos me hablaron de conseguir cigarrillos, asegurándome que yo los podría encontrar en unas alforjas que le servían de almohada a mi coronel Segreda. Aprovechando el pesado sueño de mi jefe, le escamoteé limpiamente esas alforjas, extraje de ellas muchos pequeños rollos de cigarrillos amarillos y los repartí entre los soldados. También abrí un saco y me adueñé de una tapa de dulce, de la que sólo conservé la mitad, repartiendo el resto entre los demás.

Al fin los tripulantes lograron arreglar el asmático motor de la embarcación, y continuamos el viaje. Sopló una brisa fresca, reinó de nuevo la alegría en la tropa, y los oficiales resolvieron entonces distribuir el almuerzo: un pedazo de dulce para cada uno, con dos bollos de pan añejo y una gran ración de queso, duro, húmedo, maloliente y con no pocos gusanos; creo que sólo yo tuve el coraje de meterle el diente a esa porquería y de guardar otra ración, por lo que pudiera suceder más adelante.

Unas pocas horas después, La Digna María, anunciando su presencia con muchos y muy alegres ronquidos de sirena, anclaba frente a la costa. ¡Estábamos a cuatrocientas o quinientas varas de Punta Uvita, lugar de concentración del Ejército del Sur!

Frente a nosotros, a la derecha, sobre un ligero promontorio separado del resto de la costa por una estrecha corriente de agua, se levantaban dos grandes campamentos de madera y zinc, que luego supe que estaban ocupados por La Cruz Roja y por el Estado Mayor. A la izquierda se extendía una playa interminable, muy amplia y poblada de palmeras, detrás de las cuales surgía la oscura cerrazón de la selva inmensa. Y a lo largo de la playa se agitaba una desperdigada multitud de hombres, que nos saludaban desde allá agitando los sombreros y disparando al aire sus fusiles.

Comenzó el desembarco. Echaron al agua los dos botes de La Digna María, y saltaron dos tripulantes a cada uno de ellos, con los *canaletes**. Después bajaron los primeros soldados, con la ayuda de una cuerda y haciendo reír a todos con sus torpes y medrosos movimientos. Se alejaron pronto en busca de la playa, y uno de los soldados que conmigo estaban dijo, refiriéndose al segundo bote, muy angosto y largo y que amenazaba hundirse a cada instante:

—¡En ese condenao no me monto yo! ¿No ven qué *celoso** que es?

Pero ambos botes fueron hasta la playa y regresaron sin novedad, para llevar otro grupo de soldados. Cuando llenaban el segundo bote, el peligroso, mi coronel Segreda me dijo:

—Es mejor que usted se vaya en este viaje. No tiene miedo, ¿verdad?

Bajé inmediatamente, con la maleta de mi coronel cruzada a la espalda y con el pedazo de queso en una mano y mi media tapa de dulce en la otra, provocando con eso las burlas de los voluntarios que quedaban en La Digna María.

—¡Cochino! —me gritó uno.— ¡Si te vas al agua se van a enfermar los tiburones, con el puño'e gusanos que llevás ahí!

Me acomodé a la par de un soldado gordo, el cual se había quitado los zapatos para ponerlos, junto con su rifle y su maleta, en el fondo del bote. Comenzaron a remar los marineros, y uno de ellos aconsejó:

—¡No se muevan mucho! ¡Cuidao!

Casi al mismo tiempo el maldito bote dió una rápida vuelta y todos caímos al mar. Me sumergí y tragué agua, pero logré ascender rápidamente, taloneando, y volví a la superficie con mi queso y con mi dulce, para continuar allí, nadando de pie, hasta que me pescaron de la embarcación con una soga. También le ayudaron a salir a los otros, que se agitaban alrededor del bote volcado, asiéndose a él con desesperación. Un momento después, en el mismo bote, pero con menos carga, llegamos a la playa. Allí pude ver al pobre soldado gordo, descalzo, sin rifle y sin maleta, moviéndose sobre la caliente arena a pequeños saltos, como un pájaro.

Desembarcaron todos y nos reunimos en la playa. De allí los oficiales se fueron para el campamento del Estado mayor, y los soldados, cargando las cajas y los fardos de la provisión, para el de los voluntarios heredianos, que ya había sido construído por los que llegaron en la primera embarcación. Yo me fuí con los soldados, y con la maleta de mi coronel. Nuestro campamento se alzaba a la orilla de la selva, fabricado a trochemoche, con horquetas, varas y palmas verdes. Dichosamente estábamos en pleno verano.

Algunos voluntarios se dedicaron a preparar la comida, mientras otros repartían los trastos. A mí me dieron un plato y un jarro de hojalata y una cuchara, con la recomendación de no perderlos. Inmediatamente busqué un clavo, le hice un hueco al plato, en la orilla, y por él pasé un cordel, en el que ensarté también el jarro, por el asa, y me los amarré a la faja, para seguirlos usando allí, por el temor de que me los pudieran robar. Tarde y muy oscuro ya distribuyeron la comida: café, pan, frijoles, y arroz en pelotas y horriblemente ahumado, pero que a mí, con el hambre que tenía, me pareció delicioso. Después entré al campamento, busqué un rincón propicio, tendí unas palmas, puse la maleta de almohada y me tendí a descansar, deseoso de poder dormir hasta el día siguiente de un solo tirón.

Desgraciadamente, las malditas palmas estaban infestadas de unas hormigas diminutas, que un rato después me tenían el cuerpo lleno de ronchas y de ardores. Además, los soldados hacían más bulla que una inquieta bandada de loros, con sus conversaciones y sus continuas risas y con otros ruidos que, con ser demasiado escandalosos, resultaban también muy malolientes. Y como si eso fuera poco, muy pronto comenzaron a disparar pelotas de arroz en todas direcciones y sin ton ni son. Por todas esas razones resolví buscar un sitio más tranquilo para dormir. Me levanté y recogí mis cosas, y al salir del campamento me robé un pañuelo que estaba tendido sobre un tronco, para guardar en él los caracoles que pensaba llevarle a mis hermanas, cuando regresara.

La noche era clara y fresca y en el cielo brillaban las estrellas. Me fuí a la playa, hice un amplio y cómodo nido en la arena, al pie de una palmera, tendí la cobija gris de mi coronel Segreda, me arrollé en ella

y, usando el resto de la maleta de cabecera, dormí allí tranquilamente, arrullado por el ronco rumor de las cercanas olas.

Me despertó muy de mañanita el clarín del Estado Mayor, con una alegre diana. Surgieron agudos *güipipias** de todos los campamentos y comenzaron a moverse sombras entre las palmeras y a chispear algunos fuegos. Yo, feliz y descansado, arreglé de nuevo la maleta, la oculté en la orilla de la selva, debajo de unos troncos, y corrí a darme un baño, a desafiar aquellas olas gigantes, mucho más grandes que todas las que viera en Puntarenas.

Después de tomar café fui a vagabundear por la playa. Esta era interminable, hermosísima y de arenas muy finas y limpias; y allí abundaban los caracoles y las conchas de colores. Desde entonces seguí yendo, todas las mañanas, a recoger las conchas más extrañas y los más lindos caracoles para guardarlos en el pañuelo que había robado y que mantenía oculto en un apartado escondrijo.

Un poco lejos del nuestro se alzaba el campamento de los voluntarios de Santo Domingo, que, aunque de la misma provincia, parecían no llevarse muy bien con los de la ciudad de Heredia. Y a la izquierda y a la derecha, a todo lo largo de la playa, se alzaban muchos otros más, porque era inmensa la cantidad de soldados que allí había, según pude comprobar después.

En Punta Uvita estuvimos muchos días, viviendo en el más completo desorden, en la anarquía más absoluta. Los oficiales no aparecían por ninguna parte y los soldados hacían lo que les daba su regalada gana. Disparaban tiros constantemente, a diestra y siniestra, contra los zopilotes, contra los pájaros y aún contra los insectos también. Paseaban, dormían o se bañaban, según el humor y el deseo de cada quien. Y allí no se conocía disciplina alguna ni se hacía servicio de vigilancia nunca, ni de noche ni de día.

Una noche de tantas, descansaba yo en mi nido de arena, en la playa, cuando de pronto llegó hasta mí, sobresaltándome, un furioso griterío y el metálico rumor de muchos fusiles que se montaban apresuradamente, como para disparar. Me levanté de un salto y corrí a ver qué ocurría en mi campamento. Frente a éste estaban reunidos todos los voluntarios heredianos, muy excitados, empuñando sus rifles y lanzando injurias y amenazas terribles. Brillaban algunas lámparas y el gran fogón en que se hacía la comida, reavivado por algunos, iluminaba la escena con sus rojas llamaradas. Detrás del fogón y un poco lejos del vociferante grupo se encontraba un hombre, muy moreno, en camiseta, con un pañuelo colorado en la cabeza y con las manos amarradas, custodiado de cerca por cuatro voluntarios que en ese momento apuntaban sus fusiles contra el grupo de exaltados, gritando:

—¡No se acerque nadie! ¡Hay que avisarle al general Cabezas, pa que lo interrogue! ¡Después lo fusilamos!

Uno de todos me informó rápidamente. Se trataba de un peligroso

espía panameño. Los cuatro voluntarios que con él estaban habían salido esa noche a cazar y lo sorprendieron en la selva, encaramado en un árbol, espionando nuestros campamentos.

La amenaza de los que custodiaban al espía provocó una tempestad de injurias y maldiciones, y los más rabiosos se echaron resueltamente sus fusiles a la cara, vociferando:

—¡Muera el *chiricano**! ¡Apártense ustedes, ¡carajo!, porque vamos a disparar!

Entonces el espía dió un salto y se ocultó detrás de sus guardianes, diciendo a grandes voces:

—¡Cuidado me matan, babosos! ¡No me conocen?

Sus aprehensores, riendo nerviosamente, en un decir amén quitaronle el pañuelo, le limpiaron el hollín que le negreaba la cara y le desataron las manos. ¡Era uno de los más jóvenes y más conocidos voluntarios heredianos! El y los otros cuatro, muy amigos todos, habían preparado esa broma para sorprender a sus compañeros.

Comenzaron a escasear las provisiones en nuestro campamento. Un día, después de almuerzo, un soldado heradiano me llamó y dijo:

—¿Querés ir conmigo y con Chalo a tirar un chanco que se necesita pa la comida? Vos podés ayudarnos.

Fuí con ellos, por la playa, en busca de la lejana desembocadura de un río, en donde, según afirmaban mis compañeros, el día anterior había sido vista una partida de chanchos gordísimos. No se trataba de saínos ni de *cariblanco**; eran cerdos domésticos, que los pocos vecinos de Punta Uvita, al huir asustados por la llegada de las tropas, dejaron ocultos en ciertos sitios de la selva. La partida que íbamos a buscar posiblemente habíase escapado del escondite y andaba vagabundeando por la orilla del río.

Llegamos a la desembocadura, subimos un poco por la margen derecha del río, y muy pronto alcanzamos a oír, allá entre la espesura de la selva, el gruñir pausado de los cerdos.

—Andá, vete por entre el monte —me dijo uno de mis compañeros,— y los arreás pa este lao. Nosotros los esperamos en este claro...

Dí un gran rodeo por entre palizadas y espesos bejucales, y dirigiéndome por los gruñidos fuí a salir por detrás de la partida. Esta se componía de diez o doce cerdos, algunos muy gordos y muy grandes, que estaban entretenidos en revolcar el barro de un pantano. Les tiré un palo, al mismo tiempo que lanzaba grandes gritos, y los animales, un tanto montaraces, huyeron espantados por entre el monte, en dirección al claro donde esperaban los dos soldados. Sonó un disparo, y yo corrí a reunirme con mis compañeros. Habían matado un cerdo de regular tamaño, pero el llamado Chalo le dijo al otro voluntario:

—Este es muy chiquillo y no alcanza, ¿sabés? Hay que matar uno más hermoso.

Corrí a buscar otra vez los chanchos y logré devolver el más grande y gordo de todos. Parecía una mula, y a punto estuvo de atropellar a Chalo antes de caer atravesado por dos balazos. Con mil dificultades

logramos sacar nuestros dos animales a la playa, pero luego resultó que ninguno de mis compañeros sabía destripar un animal. Dichosamente acertó a llegar por allí un voluntario *domingueño**, un campesino muy fornido y bastante ducho en tales menesteres, el cual ofreció destripar el cerdo grande si le regalábamos el más pequeño. Aceptaron gustosos mis compañeros. El domingueño destripó ambos chanchos, se echó el suyo a la espalda y se fué para su campamento, pujando. Mis compañeros arrastraron el nuestro hasta la orilla del mar, para dejarlo allí, de manera que las olas lo pudieran ir lavando poco a poco. Después me dieron sus rifles, diciendo:

—Se queda aquí, cuidando el chanco, pa que no se lo vaya a llevar el agua ni se lo coman los zopilotes... Nosotros vamos ir a apiar unas *pipas**.

Se fueron, y después los alcancé a ver, bastante lejos, subiendo a un hermoso cocotero que tenía muy inclinado el tallo. Al poco rato comenzó a revolotear sobre mi cabeza una numerosa bandada de zonziches, que muy pronto cayeron sobre la playa, dispuestos a darse un festín con nuestro cerdo; y unos cuantos se acercaron atrevidamente, graznando mucho y dando grandes saltos. A mí me disgustó que esos voraces animales no respetaran mi presencia y resolví darles una lección que les sirviera de escarmiento. Puse a un lado uno de los rifles, para que no me estorbara, corrí el cerrojo del otro, y, aunque el máuser resultaba muy pesado e incómodo para mí, logré apuntar y disparar. No tumbé ningún zonziche, pero yo sí caí de espaldas sobre la arena, derribado por el violento culatazo.

Huyeron los zonziches, asustados, y más asustados aún llegaron mis dos compañeros, a la carrera, a ver qué demonios me había ocurrido. Después de regañarme severamente se fueron de nuevo, para volver muy pronto trayendo dos hermosos racimos de pipas y una vara larga. Amarraron las patas del cerdo, pasaron por entre ellas la vara, y alzando cada uno de una punta echaron a andar por la playa, hacia el campamento, bamboleándose y poniendo la carga en el suelo a cada cincuenta pasos, porque el enorme animal pesaba mucho. Yo caminaba detrás de ellos, llevando a cuestras los incómodos racimos de pipas y los dos pesados fusiles, sudando y descansando también a cada paso.

En el campamento, los voluntarios recibieron la aparición del chanco con gritos y grandes demostraciones de alegría. Inmediatamente lo colgaron de un árbol, para destazarlo, interviniendo todos en la operación y robando pedazos de carne que corrían a asar sobre las brasas del fogón. Entendí yo que con la fiesta del chanco mis dos compañeros habíanse olvidado de las pipas, y resolví negociarlas. En un instante me ví libre de todas ellas y dueño de un valioso botín: una gorra mugrienta, una tapa de dulce, una cuchilla herrumbrada, dos cajillas de fósforos y un plato muy hermoso, que me apresuré a amarrar de mi faja también, pues quería llevarle ese y los otros trastos míos a mi madre, como trofeos de guerra. Después fuí a reclamar mi ración de carne, y asándola estaba cuando se me acercaron mis dos compañeros diciendo:

—¿Onde están las pipas?

—¿Cuáles pipas? —pregunté yo, muy asustado.

—¿Cómo que cuáles pipas, gran carajo? ¿Qué las hicistes?

—Pues... yo las puse allí, en el campamento —expliqué entonces,— ¡y no supe a qué horas desaparecieron todas! Yo creía que ustedes se las habían llevao...

Furiosos, me amenazaron e injuriaron y a punto estuvieron de golpearme; pero al fin, tomando en cuenta la ayuda que les había prestado en la captura de los cerdos, me perdonaron el descuido.

Pero todo lo que por agua viene, por agua se va. Esa misma tarde, mientras comía, me robaron la tapa de dulce. Y al día siguiente, corriendo con otros "cazadores" detrás de un novillo que nos encontramos, perdí la gorra, y tuve que cambiar mi cuchilla herrumbrada por un pañuelo sucio, para amarrarme el pelo, que por ese entonces ya me ortigaba la nuca y me tapaba las orejas.

De cuando en cuando iba con los soldados al lejano río en cuya orilla encontráramos los cerdos. Un poco antes de llegar a la desembocadura, ese río formaba un remanso bastante profundo, en donde acostumbrábamos nosotros bañarnos y enjuagar la ropa. El agua era tibia y sabrosa, y yo era feliz nadando y metiéndome en una cueva enorme que la corriente había formado debajo de unos árboles inmensos, en el alto paredón de la orilla izquierda. Allí, en ese remanso, dejé mi camiseta y mis calzoncillos, ya deshechos, y si hubiera tenido otros qué ponerme, también hubiera dejado los calzones, porque en mis correrías por la selva los únicos que poseía se me habían descosido desde el trasero hasta el nacimiento de la *jareta**.

Una tarde, estando yo con algunos voluntarios en el río, llegó a bañarse con nosotros el coronel don Juan Segreda. Ni a él ni a su hermano los había vuelto a ver desde el día de nuestra llegada a Punta Uvita. Cuando se echó al agua, los soldados dejaron de nadar, para burlarse a hurtadillas de las muy blancas y gordas desnudeces de aquel jefe, y de sus torpes chapaleos. Y yo me divertí mucho también, gritando de tanto en tanto: "*¡Un lagarto! ¡Un lagarto!*", para ver al coronel agitarse medrosa y desesperadamente en busca de la orilla.

Un amanecer, al salir de mi abrigado nido, me sorprendió divisar allá a lo lejos, ancladas frente a la costa, tres o cuatro lanchas; y más lejos aún, un barco bastante grande, de alta y roja chimenea. Del barco a las lanchas y de éstas a la playa iban y venían constantemente algunos botes.

Sospeché que durante la noche habían desembarcado nuevas tropas y que estábamos en vísperas de emprender la marcha hacia la frontera. Y eso mismo creyeron también los voluntarios heredianos. Pero a la hora del almuerzo corrió por todos los campamentos la noticia de que, con la intervención de los Estados Unidos, los gobiernos de Costa Rica y Panamá acababan de firmar un armisticio; y que esas embarcaciones venían

a recogernos. Se supo además que nuestras tropas del Atlántico, después de cruzar la frontera panameña, habían llegado hasta la ciudad y puerto de Almirante, en donde interviniera, amenazante, un barco de guerra norteamericano. ¡Y nosotros teníamos que regresar sin habernos aproximado siquiera a la frontera!

Esas noticias causaron una gran indignación entre los voluntarios, que comenzaron a lanzar maldiciones y amenazas y a disparar sus fusiles contra las lejanas embarcaciones. Un momento después por todas partes y en todas direcciones arreciaba el tiroteo y el furioso griterío de los soldados. Así protestaban las tropas del Sur, considerándose defraudadas por sus jefes y por el gobierno costarricense.

Llegó la orden de recoger todo lo que había en el campamento y de trasladarnos al trozo de playa que se utilizaba como embarcadero, orden que los soldados, aunque refunfuñando todavía, se apresuraron a obedecer. Ya alineados a la orilla del mar, alguien gritó:

—¡Quitarse los pantalones, todos, porque hay que meterse al agua!
¡Los botes no pueden llegar hasta la playa!

Yo me desnudé completamente, me amarré la faja a la cintura, con los trastos de un lado y el pañuelo con las conchas y los caracoles del otro, terciéme la maleta de mi coronel a la espalda, y en esa facha me metí en el agua hasta el pecho, para colocarme más adelante que todos los voluntarios. De tanto en tanto surgían enormes y espumosas olas que nos hacían retroceder apresuradamente, entre gritos y ruidosas carcajadas. Y las olas también arrastraban con frecuencia ramas, palmas y troncos que arrojaban contra los soldados, provocándose entonces grandes tumultos y aparatosas caídas, al grito de "¡Un tiburón! ¡Un tiburón!"

En un descuido me alcanzó de lleno un tronco de esos, tumbándome de espaldas, y la ola hizome dar tres o cuatro volteretas y me arrancó de la faja mis queridos trastos. Me levanté de un salto y corrí a rescatar esos preciosos trofeos, pero sólo pude salvar un plato; el agua se llevó el otro y me dejó sin jarro también, significando eso para mí una desgracia tremenda, que me afligió muchísimo.

Largas horas estuvimos allí, tiritando de frío, con orden de no salir del agua, y sin que los botes aparecieran por ninguna parte. Ya había oscurecido, y comenzaban los soldados a protestar, cuando llegó un oficial a la carrera, gritando:

—¡No nos podemos embarcar hoy, muchachos! ¡Hay que ir a dormir, pa embarcarnos muy de madrugada...!

La tropa acogió esa orden con una tempestad de gruesos insultos, exigiendo algunos que, antes de irnos para nuestro lejano campamento, se nos diera de comer. Nos llevaron entonces al barracón de la Cruz Roja, en donde, según decían, había comida en abundancia para todos. Allí me dieron un jarro de café sin dulce y un plato de arroz y frijoles: el arroz sabía a demonios y los frijoles, duros como balas, tenían muchos gorgojos, piedrecillas y basuras. Boté mi ración, asqueado, pero me dejé los trastos, para reponer con ellos los que me quitara el mar. Estaban los soldados terminando apenas de tragarse aquella porquería, cuando se oyó de nuevo la voz del oficial, ordenando:

—¡Al agua otra vez, muchachos! ¡Al agua, que ya vienen los botes! Volvimos a la playa y allí estuvimos más de una hora, ateridos de frío, hasta que llegó otra vez el oficial con el cuento de que teníamos que irnos a acostar. Mientras los soldados maldecían e injuriaban al Estado Mayor, yo, que había visto unas lámparas moviéndose en la playa, como a unas cien varas de donde estábamos nosotros, eché a correr en esa dirección impulsado por la sospecha de que algunos debían estar esperando un bote en ese sitio. No me equivocaba. Allí, entre la revuelta espuma de las olas, y sujetado por cuatro marineros desnudos que se mantenían con el agua a la cintura, se agitaba un bote muy hermoso, a la espera de unos cuantos hombres que se acercaban trastabillando y con sus lámparas en alto. Me les adelanté rápidamente y caí entre el bote primero que todos ellos, con mis trastos, mis caracoles y la maleta de mi coronel.

—¡Salga de ahí, gran carajo! ¡Este es un viaje'e la Cruz Roja! —me gritó un marinero, furioso.

Pero intervino entonces un señor de baja estatura, grueso, y que parecía ser el jefe de los que se iban a embarcar, diciendo:

—¡Déjelo! ¡También hay campo pal chiquillo!

Después supe que ese señor se llamaba don Eduardo y que era muy conocido y respetado en los círculos deportivos del país. Con él y sus compañeros pasé luego del bote a una lancha, que a su vez nos llevó, dando un rodeo, al costado izquierdo de "El Izabal".

Sobre la cubierta del barco y en todos sus rincones se apretujaban los soldados, tendidos, descansando. En busca de un sitio más tranquilo y cómodo para dormir, subí a la toldilla y allí me acomodé, cerca de la chimenea, que despedía un suave y agradable calor. Mi ejemplo fué seguido por muchos, según comprobé más tarde, cuando una rara sensación de angustia me hizo despertar sobresaltado: la toldilla estaba llena de soldados que roncaban, ¡y mis trastos habían desaparecido! Fuíme entonces a recorrer mis alrededores, de gateada y sigilosamente, y regresé al poco rato con otros dos platos y un jarro, que aseguré muy bien antes de volverme a acostar.

A la mañana siguiente, nos dieron en el barco un puñado de azúcar y dos bollos de pan a cada uno. Cuando me retiraba con mi ración, tropecé con mi coronel Segreda, quien, al verme con su maleta a cuestas, sonrió y dijo:

—¡Carambas! Parece que no se ha despegao de mi maleta, ¿verdá?

—No, señor... ¡Ni pa dormir! —le repliqué yo, sonriendo a mi vez, al recordar cómo se llenaba de arena la cobija gris todas las noches en mi nido de la playa.

Llegaron al barco todos los voluntarios heredianos y los domingueños, y continuaron embarcando más soldados. A la hora del almuerzo distribuyeron entre la tropa unas pequeñas latas de salmón, y yo logré apoderarme de cuatro latas de esas, que no probé siquiera, porque las guardé para llevárselas a mi madre. En horas de la tarde zarpó el barco. Hicimos un viaje muy feliz, navegamos también toda la noche, bajo un cielo claro y estrellado, y fuimos a amanecer en el puerto de Puntarenas.

Allí, otra vez alojados en la escuela, vi a varios oficiales obsequiar dinero a sus ayudantes, para que éstos pudieran llevarle a sus parientes marañones, *pasados* y otros regalos parecidos. Yo me le acerqué varias veces a mi coronel Segreda, pero desgraciadamente a éste no se le ocurrió darme ni siquiera los veinticinco centavos que necesitaba para quitarme el pelo, que me había crecido mucho. Algunas horas después abandonábamos Puntarenas, en un tren directo, rumbó a la capital.

En Orotina y en todas las estaciones intermedias se agrupaba la gente para vitorear el paso de los soldados, y éstos contestaban agitando los sombreros y lanzando vivas estruendosos. Al pasar por Las Pavas, corrió entre la tropa la noticia de que el pueblo y las autoridades de San José nos estaban esperando con un recibimiento triunfal. El entusiasmo de todos me contagié y sentíme de pronto convertido en héroe, volviendo victorioso de la guerra.

Regresaba muy quemado por el sol, con el pelo largo, la blusa sucia y los pantalones rotos; pero nada de eso me importaba. Con los ojos cerrados, sonriendo, soñaba con mi llegada a la capital; imaginábame a los soldados, con la Banda Militar a la cabeza, marchando muy erguidos por la media calle, y yo a la par de ellos, con la maleta de mi coronel cruzada a la espalda y los caracoles y mis trastos colgando de la cintura, mientras la multitud nos aclamaba y nos tiraba flores; y entre esa multitud tenía que estar mi madre, llorando de alegría y de orgullo al oír que todos exclamaban al verme: "*¡Miren qué chiquillo más valiente! ¡Con esa edad y se fué para la guerra!*" ¡Ese momento no lo cambiaba yo por todo el oro del mundo!

De tan agradable ensueño me vino a sacar mi coronel Segreda, diciendo:

—Hora que llegamos, usted no se puede ir con nosotros, porque me tiene que llevar a la Estación del Atlántico mis cosas. Sale por la puerta de la derecha, ¿entiende?, y coge el tranvía, pa que no vaya a llegar tarde. ¡Cuidao con la cuenta! Tome esta peseta, pa que compre los tiquetes.— Y con los veinticinco centavos me entregó también dos cajas de marañones, otras dos de *caimitos**, una gran cajeta de semilla de marañón y un chaleco que tenía en la bolsa del pecho un valioso reloj.

Sentíme morir de rabia y de dolor, se me subió un nudo de llanto a la garganta, y no pude protestar. El tren entraba ya al patio de la Estación del Pacífico y la locomotora rugía repetidamente, anunciando a todos que el Ejército del Sur llegaba en ese momento a la capital. Oí los gritos de alegría de los soldados y desde la ventanilla alcancé a ver la inmensa multitud que se aglomeraba en las calles, frente a la Estación.

Bajaron del tren los soldados, formaron de cuatro en fondo y comenzaron a salir lentamente, por el portón central. Yo me eché al hombro las incómodas cajas, cogí en mi mano izquierda el chaleco y la cajeta, y muy triste, lleno de inmensa amargura, salí por la puerta de la derecha, en busca del tranvía. Hasta mí llegaban los vítores y las aclamaciones estruendosas de la multitud, y de pronto oí a la Banda Militar tocando el Himno Nacional. Entonces, desesperado, lloré de amar-

gura. ¡Sólo yo no tenía derecho a desfilar! Pocas veces en mi vida he vuelto a sentir una desilusión tan cruel. ¡Mi sueño más hermoso había sido hecho polvo por la estúpida ocurrencia del comodioso coronel!

Como si mi desgracia fuera poca, al querer subir al tranvía me cerró el paso el conductor, asustado por mi facha y por el cargamento que llevaba encima. Más desesperado aún, eché a andar por la línea, descansando en cada esquina y asustado por la posibilidad de llegar tarde a la otra estación. Arrimé con mil dificultades a la Avenida Central, y al ir a tomar nuevamente el tranvía el conductor quiso bajarme también, pero dichosamente esta vez unas señoras se compadecieron de mí y lograron con sus ruegos que se me dejara subir.

Cuando logré llegar a la esquina de la Estación del Atlántico, apenas pude alcanzar a ver el último balcón del tren que llevaba a los voluntarios de Heredia hacia su ciudad. Lleno de espanto, me quedé plantado allí, viendo cómo se desperdigaba la multitud que había acudido a despedir la tropa y sin saber qué hacer con las cosas del coronel Segreda. De pronto descubrí entre los que se alejaban de la Estación al ayudante del general Cabezas y lo llamé a grandes gritos. Y él, después de oír mis cuitas, me tranquilizó diciendo:

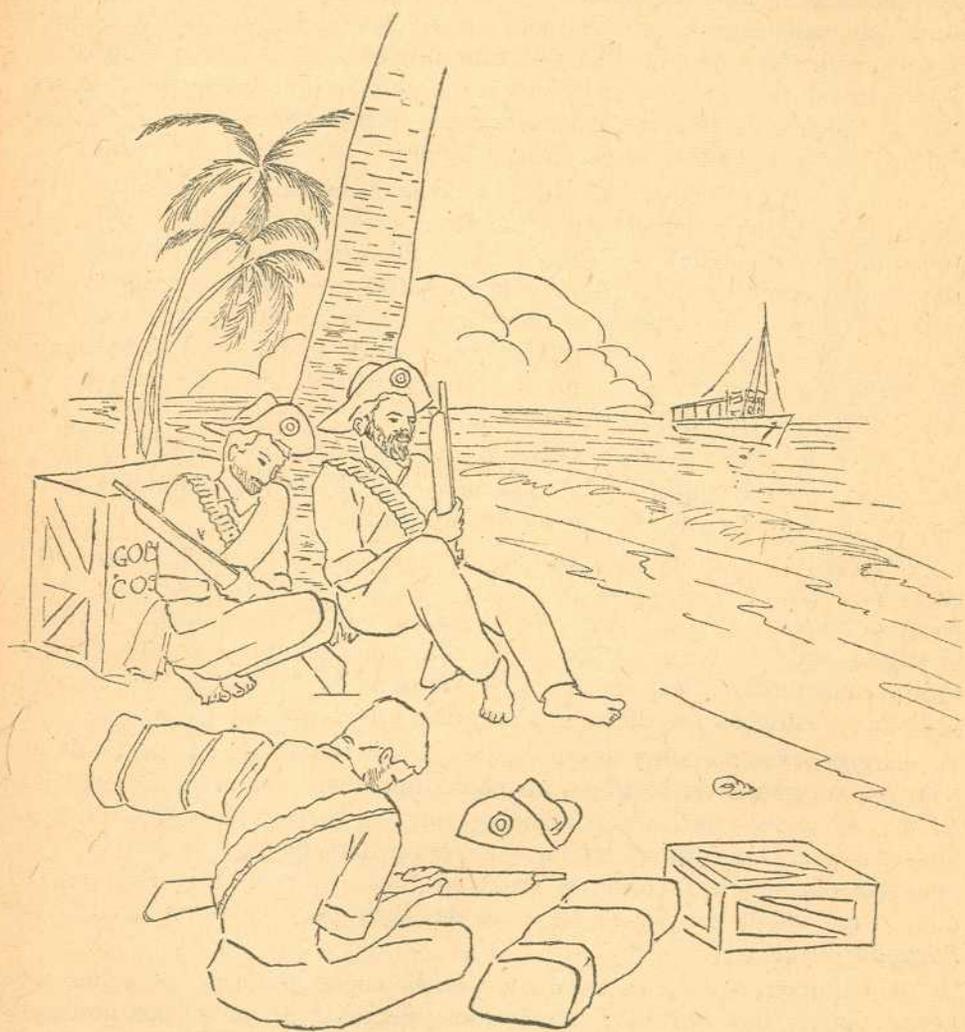
—¡No se aflija, hombré! ¡Eso no es nada! Vamos a depositar todas esas cosas en esa cantina'e la esquina, y de ahí mismo telefoneo yo al cuartel de Heredia, pa que le avisen al coronel Segreda.

Mientras mi compañero hablaba por teléfono, me hice la siguiente reflexión: "*Hora este viejo'e la cantina se va a robar la cajeta, que no hay ni duda. Mejor me la llevo yo y se la regalo a mis hermanillas*". E inmediatamente me metí la cajeta entre la blusa, y detrás de ella unos cuantos caimitos y otros tantos marañones. Después entregué las cajas y el chaleco con el reloj, y libre de estorbos me dirigí apresuradamente hacia mi casa.

Desde lejos descubrí a mi madre parada en la acera, gesticulando frente a un grupo de vecinas. La pobre había ido a la Estación del Pacífico y después a la Comandancia, y volvía a la casa desesperada, porque esas eran las últimas tropas que regresaban de la frontera y yo no aparecía por ninguna parte, ni nadie le daba razón de mí. Por eso, en cuanto me vió llegar, lanzó un grito de sorpresa y corrió a abrazarme, llorando de alegría.

Un momento después estaba yo en la cocina rodeado de todas mis hermanas, sacando ante los asombrados ojos de éstas, para irlos poniendo sobre la mesa, los cuatro salmones, la cajeta, los marañones y los caimitos, y luego los dos platos, el jarro y la cuchara y el montón de preciosas conchas y de lindos caracoles. ¡Al fin podía entregarle a mi madre y a mis hermanas el valiosísimo botín que yo había conquistado y robado para ellas! Muy satisfecho y muy contento comencé entonces a relatar mis grandes hazañas, ocultando, claro está, las pillerías. Y cuando mi madre me interrumpió para ofrecerme un marañón y un pedazo de cajeta, rechacé mi parte diciendo con mucho garbo:

—¡Coman, coman ustedes! ¡Yo vengo empachao de comer tanto de todas esas cosas!



Desembarcaron todos y nos reunimos en la playa...